

## Del humanismo al animalismo: razón de ser bípedo y cuadrúpedo

ARTÍCULO INVITADO

### From humanism to animalism: reason of being biped and quadruped

Virgilio Tortosa

Universidad de Alicante, España

[virgilio.tortosa@ua.es](mailto:virgilio.tortosa@ua.es)

<https://orcid.org/0000-0002-6514-0712>

Cómo citar este artículo:

TORTOSA, V. (2019). "Del humanismo al animalismo: razón de ser bípedo y cuadrúpedo", *Pangeas. Revista Interdisciplinaria de Ecocrítica*, 1, pp. 5-19.  
<https://doi.org/10.14198/pangeas2019.1.01>

### RESUMEN

Reflexión en torno a la emergencia del llamado "animalismo" de los últimos tiempos dentro de una perspectiva histórico-literaria de inscripción de los animales en el imaginario humano con eso que se llamó *bestiarios*, la supremacía durante siglos del humanismo para más recientemente ubicarse en la dialéctica humanismo/animalismo; todo ello con una perspectiva suficiente como para apreciar el verdadero sentido de la vida en el planeta y el lugar que ocupamos en tanto animales, nuestra relación con el resto del reino animal, y ejemplificado con representaciones literarias y teatrales de animales de acuerdo con el imaginario humano conocidas por quien esto

firma. La literatura y el teatro, pues, no dejan de ser perfectas muestras de nuestra relación histórica con el hábitat.

**Palabras clave:** bestiario; humanismo; animalismo; matria; biomimesis; decrecimiento

### ABSTRACT

Reflection on the emergence of the so-called "animalism" of recent times within a literary-historical perspective of inscription of animals in the human imagination with what was called *bestiaries*, the supremacy for centuries of humanism to more recently be located in the dialectic humanism/animalism; all with enough perspective to appreciate the true meaning of life on the planet and the place we occupy as animals, our relationship with the rest of the animal kingdom, and exemplified by literary and theatrical representations of animals according to the imaginary human known by whom this signature. Literature and theater, therefore, do not cease to be perfect examples of our historical relationship with the habitat.

**Keywords:** bestiary; humanism; animalism; matria; biomimesis; decrease



**Licencia:** Este trabajo se publica bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional. [https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es\\_ES](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es_ES)

## 1. Introducción: los bestiarios

El animalario dio siempre mucho juego a la literatura; la representación de seres animales vino conferida a la manera humana en una suerte de mimesis de parentesco de la que se podían extrapolar enseñanzas, las más morales. En su *Historia natural* ya Plinio el Viejo (siglo I d. C.) se ocupó de clasificar la naturaleza y sus moradores, a partir de autores precedentes; los libros relativos a zoología hacen de la espectacularidad un principio organizativo; de hecho, conquistas y conocimiento de prodigios exóticos son todo uno: un *monumentum* destinado a perdurar de forma conmemorativa en el recuerdo colectivo con los logros del imperio romano (González Marín, 2006: 248-249). Los bestiarios llegaron a alcanzar gran popularidad en el medievo, ilustrados incluso, y de los que se podía extraer alguna enseñanza moral, acorde con el teocentrismo de ese tiempo, en el que todos éramos criaturas de Dios; y a los animales se les confería un valor simbólico. Más allá de los bestiarios reales, proliferaron desde antiguo leyendas mito-lógicas de seres fantásticos que saciarían los límites de la curiosidad humana y, desde ese momento, implantados en la esfera humana siquiera como fascinación por lo extraño o diferente, respeto o temor. Esta pléyade de seres atenta contra “el orden regular de la naturaleza” (Ferrer Lerín, 2007: 253), como ha definido los monstruos históricamente el diccionario, o con muchos seres *anormales* que ponen con sus deformidades en cuestión la normalidad animal, la per-turban. El poeta y ornitólogo Ferrer Lerín es el último en haber hollado ese lugar con su particular com-pilación. Pero es Borges quien en *El libro de los seres imaginarios* lleva a cabo una compilación histórica de extraños engendros animales materializados por la zozobra humana: “zoología fantástica” la llama. Más allá de los seres reales, todo bestiario que se precie tiene su culminación en lo monstruoso, una variante fantástica que indaga en el lado

oculto de la animalidad (humana) increpándola; de ahí las constantes alusiones al averno o a la razón dislocada. Irrealidad o quimera mitológica de criaturas extrañas que perturban con la amenaza de su presencia añadiendo ferocidad a la de por sí temida naturaleza animal, cuando había frondas que atravesar y temores que vencer. De otro cariz un tanto diferente es el monstruo de Mary Shelley (*Frankenstein*, 1818) en plena era de la razón: un *Prometeo moderno* que arrebató el fuego sagrado de la vida a la divinidad; una reelaboración mítica en plena era técnica con aspiraciones a un poder divino por otros medios, en este caso el de la creación de la vida, aunando un solo ser la polaridad ángel/demonio. Diferente es el *no-muerto* de *Drácula* (1897) de Bram Stoker, capaz no sólo de reencarnarse a voluntad con apariencia humana o animal y que controla las fuerzas de la naturaleza e incluso a animales (como manadas de lobos). Una fuerza de la naturaleza sobredimensionada en plena era de la razón donde superstición y ciencia, fe y razón, duda y certeza chocan estrepitosamente.

En lo que sigue vamos a reflexionar sobre el cambio drástico en la última década, prácticamente, de la concepción animal entre nosotros. Me motiva, confieso, noticias inquietantes en el momento en que escribo, y debates de nuestro tiempo como la desaparición del histórico circo norteamericano Ringling Bros (en 2017), tras 146 años rulando con diferentes generaciones de artistas a sus espaldas, acosado por animalistas en un espectáculo en el que los animales fueron su baza principal (la desaparición de los elefantes fue el inicio de la debacle), la acuciante persecución al mundo del toro de lidia en el ámbito hispánico hasta alcanzar posturas enco-nadas, o la sustitución de ponis vivos en los tiouvivos de las ferias por sus efigies escultóricas sobre las que montar niños de corta edad, ante persistentes protestas animalistas. A veces

uno observa a minúsculos perros siendo paseados por solitarias personas por la calle, incluso con ridículos trajecillos en los que se hallan embutidos por gracia de sus dueñas, y aprecia que esos pobres seres dan más cuenta de la soledad de sus propietarias que no de la libertad en la que viven, pese a mantener vivas charlas con ellos quienes les protegen. Desde luego, pienso, daría para una charla de diván o, en cualquier caso, debate más allá del hilo de este discurso.

## 2. Razón de ser bípedo y cuadrúpedo

Nuestro lugar humano en la biosfera es de supremacía por sencilla evolución, bien que no debemos perder la perspectiva y admitir que el planeta está conformado por multitud de ecosistemas de seres vivos que los pueblan en equilibrio (Mosterín, 1995: 11). Así, pues, compartimos ancestros comunes que en su forma más cercana se llaman primates (Mosterín, 2013: 16). Una animalidad humana remarcada por el filósofo naturalista con el sustantivo genérico “humán” (“humanes” en plural) para aludir al ser humano –ya hombre ya mujer– en tanto animal que es, miembro de la especie *homo sapiens*. Herederos como somos de ancestros que acumulan en su genoma una síntesis de la historia filogenética por evolución que dura ya 3800 millones de años. Vida apenas apreciable a gran escala por insignificante, pero central en nuestra conciencia por entrar a formar parte de ella “nuestros afectos y preocupaciones”, “nuestros valores y emociones” (Mosterín, 2013: 42), por ser

clave ese punto de vista subjetivo para nosotros en tanto seres vivos de conciencia.

Pues bien, por mucho empeño que la modernidad tecnificada haya puesto en tratar de borrar de nuestro *adeene* la palabra *animal*, éste es nuestro constitutivo orgánico y biológico, cultural y social incluso, al tiempo que bagaje del que no podemos desprendernos. Término (animal) procedente de *ánima* (alma, ser dotado de respiración o *soplo vital*). Seres, animales, “almados”, con capacidad potencial para la vida en general, y sensitiva en particular. Animales entre cuyas características halla Mosterín el ser multicelulares, esto es, funcionar por cooperación de células, de tal manera que éstas generan nuestra entidad, en una sucesión de *contingencias* a lo largo de la vida que dan cuenta de su experiencia vital y su memoria<sup>1</sup>.

Todo eso sin olvidar el tronco común animal del que procedemos no tan lejano llamado primates, pues como bien dice Mosterín basta mirarnos al espejo para comprobarlo<sup>2</sup>. Aparecidos, a su decir, hace 65 millones de años y desarrollados durante el Paleoceno, la “rama filogenética humana” se separa de los gorilas y chimpancés hace unos 6 millones de años, datando su origen *homo* hace unos 2,5 millones de años (en el Pleistoceno). Una amplia familia de homínidos, de la que forman parte los “humanes” (*homo sapiens*), como lo formó anteriormente el llamado *homo habilis* u *homo neanderthalensis* (hace 40 000 años). En última instancia somos descendientes de homínidos que bajaron de los árboles y

<sup>1</sup> En palabras de Mosterín: “en el caso de los animales, la integración es tan grande, la división del trabajo tan manifiesta, la coordinación y el control unitario tan perfectos, que el organismo multicelular entero, el animal entero, se nos aparece como el paradigma mismo de la individualidad. [...] Cada animal posee un borde o frontera bien definido, normalmente la piel. Cada animal es un individuo genético, un linaje único de células, descendiente todas de una célula ancestral común, el cigoto, del que heredan un genoma común” (2013: 94).

<sup>2</sup> A lo que aduce: “Los primates tenemos extremidades largas, adaptadas a la vida arbórea. Tenemos manos prensiles con pulgares oponibles, que nos permiten agarrar las ramas. Tenemos visión binocular estereoscópica. Además, nuestros ojos están dirigidos hacia adelante, por lo que tenemos cara. En relación al peso de nuestro cuerpo, los primates poseemos el mayor cerebro de todos los animales, solo comparable al de los cetáceos” (2013: 362).

adoptaron la postura erguida y la marcha bípeda que nos caracteriza (Mosterín, 2013: 387-378), se presume que hace unos 4 millones de años (los *australopithecus* en el Plioceno), cuyas consecuencias serán principalmente cambios anatómicos estabilizando nuestra marcha, haciéndola eficiente y resistente. Seres de los albores que habiendo salido del agua se convirtieron en tetrápodos, y mucho más tarde al descender de las ramas en bípedos<sup>3</sup>, especializando tanto unas extremidades como otras (practicando con las manos la pinza tras liberarlas), generando una especialización y desarrollo motor cerebral por tareas de concentración durante la manualidad: inicio de técnicas transmitidas culturalmente que permitirán una mejora en la calidad de la vida, así como mucho después la ampliación cerebral permitiría el desarrollo del lenguaje. Una evolución impresionante que ha llevado a la multiplicación de nuestra especie en la biosfera a costa de las demás, que Mosterín califica como “efecto letal sobre el resto de *homínidos*” por ser considerada “cance-rígena” -desequilibrada- su propagación<sup>4</sup>.

Pero más nos valdría recordar que aun con su alto desarrollo cognitivo humano producto de milenios de evolución y adaptación al medio, no hay organismo más sabio que el de la naturaleza. Inmersos en una escalada sin precedentes de avances tecno-científicos que la controlen y la dominen, la sobreexplotación de sus recursos afecta al *modus vivendi* de sus organismos biológicos, incluido al ser humano, exponiéndolo a toda suerte de peligros. No es cuestión de ponerse apocalípticos pero tampoco de abonarse al

negacionismo cambioclimático, porque síntomas de colapso de ciertos ecosistemas parecen preocupantes ante una creciente alteración climática que amenaza la supervivencia de las especies. La última revolución, la del capital, parece herida de muerte o simplemente agonizante. No son válidos ni el pensamiento único ni el egoísmo humano en la solución del problema que nos aqueja.

El cambio climático es la consecuencia de una creciente conexión global (globalización económica y política) que nos sume en una deriva preocupante donde ser humano y naturaleza, aun pareciendo marcar distancias, van de la mano. Todos –incluidos animales y vegetales– somos “hijos del clima”, seres del agua y de los bosques. Si la selva amazónica se quema, de alguna u otra forma quedamos resentidos el resto del mundo, alcanzando a nuestros pulmones dondequiera que nos hallemos. Y paradójicamente la principal amenaza no deja de ser cognitiva: la “inteligencia” del ser humano que le ha llevado a un hiperdesarrollo como civilización, lastrando su histórico equilibrio con el medio ambiente, afecta ya al ser humano, porque como dice J. Araújo (2017) falta ahora *la inteligencia del paisaje*, de la vida, de los seres que habitan los bosques. En palabras de este naturalista el mundo agoniza por la “codicia de los listos” (con un negacionismo climático contraproducente) que administran quienes controlan fuentes de energía y materias primas capitales para el mundo avanzado. Un poder económico que hace cómplices de su codicia a una cohorte de fieles servidores

<sup>3</sup> Plinio el Viejo hace una curiosa observación producto de nuestro origen primigenio, al advertir que nacemos cuadrúpedos, y somos los únicos seres que necesitamos aleccionamiento (aprendizaje) para ponerse en pie (2003: 9). A lo que sigue: “Es el único de los seres vivos al que se le ha dado el dolor por la muerte, los excesos de lujo, y de maneras ciertamente innumerables y a través de todos sus miembros, el único al que se le

han dado la ambición, la codicia, un inmenso deseo de vivir, la superstición, la preocupación por la sepultura y también acerca de lo que sucederá después de él” (2003: 9). Añade que es de una fragilidad incomparable en la especie animal, pero también se muestra voraz en sus deseos.

<sup>4</sup> Porcentualmente otorga un 99,995% a la vida del *homo sapiens* en la tierra hoy, frente al restante 0,005% de homínidos que quedan vivos (Mosterín, 2013: 391).

comprados para su propagación ideológico-económica de esa vía que nos ha llevado hasta aquí. Inteligencia humana vendida al mejor postor de la económica, haciendo del consumismo y el despilfarro su razón de ser. Un crecimiento económico desmedido que arrasa paraísos naturales a costa de la salud del planeta, mostrándose servil con los poderes económicos humanos, sin plantearse nunca si arrasa recursos finitos, sino todo lo contrario les pone precio en arreglo a sus límites. Una tozuda realidad poscapitalista que nos impone la máxima de que lo que carece de precio no tiene valor y desaparece (sin ser siquiera apercibido como bien procomún para la humanidad). Acaso cabe concluir a ese respecto que le hemos puesto precio a todo pero hemos perdido el valor real de las cosas.

Toda la tecnología a nuestro alcance nos hace creer que somos seres autónomos plenos, pero las personas son una de las mayores fuentes de energía conectadas con el entorno y el medio, sin la cual –roto todo lazo– resultaría imposible la convivencia. A igual que sin fotosíntesis o polinización en la naturaleza, no se produciría vida; del mismo modo, la vida humana sólo tiene sentido en arreglo a ese intercambio perpetuo. Gracias a sus condiciones ambientales la tierra es el ser vivo más grande del sistema solar. La conexión de todos sus elementos con los restantes conforma una ecosfera que incluye a todos los organismos vivos en la que nos hallamos indefectiblemente insertos, sin haber más “afuera” que sus propios límites. Animales emparentados con nuestros semejantes por compartir ancestros comunes. Así, pues, bien que nos creamos seres superiores, somos seres radical e indefectiblemente, dependientes: interdependencia y ecodependencia es nuestra frágil condición, ligazón mediambiental y razón de ser (finita,

vulnerable). Sin embargo, se nos recuerda a diario, nuestro ciclo vital se construye en las sociedades capitalistas dependiente del tiempo de trabajo. Una economía ecológica ha llegado como corriente transdisciplinar con el fin de recomponer los lazos rotos entre la naturaleza y los bienes de consumo y apropiación. Su razón de ser es dar cuenta de la cantidad de recursos con los que contamos dentro del tamaño finito de la naturaleza que los alberga, y las posibles alteraciones con su abusivo uso.

### 3. Animales representados e interpretaciones animales

No se trata de recuperar ninguna leyenda negra con la jaleada fiesta de los toros hispana, o la pelea de gallos, pero tampoco de esgrimir allende nuestras fronteras la caza del zorro en la campiña inglesa, o la pesca de la ballena en los mares del Japón, ni siquiera de evocar la alejada en el tiempo lucha entre gladiadores y exóticos animales salvajes en el foro romano<sup>5</sup>. Por lo que este escrito se pretende reflexión sobre un puñado de espectáculos, o lecturas, de quien esto firma, a lo largo de los años. La carnalidad de la versión escénica de *Crónica de una muerte anunciada* (1990) de La cuadrada de Sevilla (Salvador Távora) con el corte furioso de reses desolladas colgando en escena; la demostración de arte ecuestre, combinado con flamenco, en *Memorias de un caballo andaluz* (2013) cuyo protagonista será un equino, o los tantos otros animales sacados a escena por este peculiar director. Broma parece la presencia figurada del toro en el *Picasso andaluz o la muerte del Minotauro* (1992) frente a la archirrepresentada ópera flamenca *Carmen* (1996), con múltiples giras mundiales a sus espaldas, del mito de la popular cigarrera de Triana que nació para ser

<sup>5</sup> Aunque Mosterín bien lo hace, ligándolo con una tradición carpetovetónica en aras a un “nacionalismo trasnochado y hortera, defendido con chulería

numantina” como si se tratase del “sacrosanto patrimonio étnico-cultural” (1995: 95).

libre, y cuya puesta en escena pretende erigirse en un auténtico teatro de los sentidos a través del rejoneo, la lidia y muerte en vivo de un toro en alguna representación singularizada<sup>6</sup>.

De otro cariz, pretendidamente polémico, es una parte ya considerable de la obra del dramaturgo argentino afincado en España Rodrigo García; *Notas de cocina* (1995) se componía de una sucesión de microescenas combinatorias de violencia, erotismo y gastronomía en la que al tiempo que se desarrolla el espectáculo los actores cocinan ante el público una combinación de carne y verduras regadas por vino cuyo aroma se va esparciendo por el coso y a su degustación los espectadores son invitados tras su finalización<sup>7</sup>. A una pecera esférica se le extrae toda el agua dejando desasistido a un pez en su interior mientras da saltos desesperados (*La historia de Ronald, el payaso de Mc Donald's*, 2002), precisamente en un espectáculo que plantea como tema nuclear el despilfarro de comida de las cadenas de comida rápida a las que apunta el título, y por extensión a la sociedad de consumo actual, en medio de un acto de violencia animal. Nada comparable con su archipolémica performance *Accidens. Matar para comer* (2006), en la que el actor prepara, ante los ojos de su público, un crustáceo vivo (langosta) colgado en medio del escenario, descuartizado luego, sazonado convenientemente y asado, para luego darse el banquete ante su público. Tal fue el

escándalo allá donde fue programada, empezando por su estreno en Cataluña que amagó incluso la pretendida reflexión de fondo del propio autor<sup>8</sup>. No resulta extraño en su teatro jugar con terceros animales como hamsters que nadan en un acuario, ranas chapoteando sobre el barro (*Arrojad mis cenizas sobre Mickey*, 2015). Y en su estela la también drástica dramaturgia de Angélica Liddell, quien ha imitado ese desespero de peces fuera de su pecera (*Y los peces salieron a combatir contra los hombres*, 2003), erigiéndose en una brutal sátira contra las políticas occidentales sobre inmigración, poniendo toda clase de barreras y haciéndose inmunes contra las imágenes periodísticas de africanos ahogados en el Mediterráneo, mucho antes del éxodo sirio. Curioso escandalizar por un pez ahogándose fuera de su pecera y no por los humanos que en su intento de cruzar el mediterráneo se ahogan casi a diario desde hace unas décadas en la gran pecera que es el mediterráneo. O semidesnuda insinuando una cierta zoofilia ante un caballo en pleno escenario en *Yo no soy bonita* (2007), entre otras de sus obras.

Comparada con éstas palidece cualquier representación animal de nuestra tradición como es el caso de la novela ejemplar de Cervantes *El coloquio de los perros* (1613), en la que dos canes con capacidad de habla se cuentan sus experiencias vitales entre sus distintos amos. Uno de los más destacados dramaturgos de nuestro panorama como es Juan Mayorga, a la manera cervantina, ha

<sup>6</sup> En Barcelona su prohibición reportó una condena a la Generalitat de Cataluña de indemnización millonaria a su creador, fundamentado en la presunta defensa de libertad de expresión artística. Equiparar su director, de ese modo, muerte ficticia con real en aras al arte es confundir las reglas de juego de cualquier ficción.

<sup>7</sup> La actriz hilvana monólogos como el que sigue, en el que gastronomía y apetito sexual parecen integrarse, acorde con el proyecto dramaturgico de un autor cuya compañía se llamó La carnicería teatro: “úsame, defórmame, descuartízame, pregúntame, lávame, límpiame, enférmame, exígeme, respóndeme, pícame, reviéntame, mézclame, sazóname...” para acabar pidiendo: “cómeme cruda”.

<sup>8</sup> Prohibida por la Generalitat de Catalunya y excluida del ciclo Radicals del Teatre Lliure de Barcelona en 2007. Su representación en Turín (Italia) fue prohibida por la policía; en Polonia, una espectadora presentó una denuncia por “tortura” “a un bogavante”. La organización no gubernamental Avaaz.org, yendo todavía mucho más lejos, llegó a encontrar aberrante la carga simbólica del espectáculo por su aceptación de la tortura y la muerte animal encima de un escenario como forma de entretenimiento, prólogo de una campaña para ser cancelado el espectáculo en el Centro Dramático Nacional de Montpellier.

utilizado la representación animal en algunas de sus propuestas escénicas. La primera, a partir de la agonía, por estado terminal, de un gorila albino muy popular en el zoo de Barcelona, anunciada por los medios, y a partir de ahí construye un duelo dialéctico en *Últimas palabras de Copito de Nieve* (2004) con su compañero de recinto y el guardián que los cuida. Un gorila con vocación filosófica, culto lector de Montaigne, capaz de dar toda una lección sobre la muerte y que sirve como metáfora en la que mirarnos los humanos como sociedad, para precisamente reflexionar sobre su contrapunto la vida. Otro motivo aparecido en la prensa como es la muerte de la casi bicentenaria tortuga de Darwin le sirve en *La tortuga de Darwin* (2008) para esgrimir una diatriba en este caso entre su escéptica postura vital como asistente a los grandes eventos históricos del mundo a lo largo del siglo XX y un profesor de historia que todavía cree en la ejemplaridad del pasado; un tortuga anciana y lenta, adaptada y cuestionadora de la existencia divina, creyente del poder de la palabra, después de haber asistido a los más destacados conflictos mundiales del siglo xx; entretanto, el profesor queda fascinado de su testimonio vital, mientras su mujer sólo encuentra en ella un posible negocio como atracción de feria para curiosos, un modo de generar derechos de imagen y *merchandising*. El profesor encontrará en el interior de su caparazón la razón de ser de la existencia: “encierra el sentido del universo” (2014: 506), para finalmente confirmar una involución: “llegado a un punto, el hombre retrocede hasta la bestia” (2014: 511), demostrando superioridad respecto a los humanos. Porque “adaptarse” es la palabra clave para ella. La pieza se erige en una parodia amable sobre la teoría de la evolución de las especies de Darwin, teniendo en su centro al ser humano y su pensamiento, que

ciertamente a veces involuciona. Una mirada desde debajo de la historia, teniendo enfrente a la memoria humana de todo el siglo xx y sus despropósitos, pero contado siempre desde los hechos a pie de calle. La pieza plantea una revisión de las certezas oficiales asumidas por la ciencia y la civilización.

Hemos hablado de animales representados por humanos en la tradición teatral, y de animales representando en el escenario a su costa. Pero ¿qué tal si son convocados perros a un concierto creado *ex profeso* para ellos? Ése es el caso de la creación del compositor Jesús Salvador “Chapi” en su espectáculo *Fantasia canina*<sup>9</sup> que tuvo lugar en el cauce del Río Turia de Valencia en primavera de 2017, motivado por el popular dicho de que la música amansa a las fieras. Una sinfonía compuesta para canes.

#### 4. Humanismo versus animalismo

Si el Renacimiento marca el principio de la asunción de decisiones del ser humano frente a la naturaleza, rompiendo ese pacto de integración vital, la ilustración celebra la mayoría de edad del individuo que ejercerá ya su razón de ser de forma completamente autónoma respecto al medio ambiente. Será la revolución industrial la que marque distancias crecientes y progresivas con el ecosistema. El naturalismo es el último movimiento de apego, siquiera por nostalgia con un tiempo que empieza a desaparecer. Movimientos culturales finiseculares vertebraron ese cambio drástico humano, dando la espalda progresivamente a la naturaleza y abrazando a la urbe como tabla de salvación. Lo que vino después es un alejamiento acelerado e imparable del marco de la naturaleza. A consecuencia de ello, la fase última de revolución tecnológica amenaza a la especie animal con un cambio climático

<sup>9</sup> Actuación dentro del Festival Internacional de Artes Escénicas Tercera Setmana de la Comunitat Valenciana, 2017.

galopante que a decir de sus expertos nos ha inmerso en lo que llaman “sexta extinción del planeta”.

Precisamente en este tiempo último, en que el equilibrio del ecosistema parece estar echándose a perder irreparablemente, es cuando el ser humano ha salido a su rescate como última forma de lucha de liberación de la cultura occidental. En lo que al reino animal se refiere, vivimos un absurdo enfrentamiento en la relación del ser humano con respecto a los animales. Es cierto que nos acompaña desde bien ancestral la idea de superioridad por la cual nos hemos apropiado de la fuerza y voluntad animal, bajo el paraguas de aquella autoridad en la disposición y aprovechamiento animal en arreglo a nuestros propios fines y necesidades (más allá de las básicas como alimentarse, abrigarse o protegerse, incluso como fuerza de trabajo agrícola, transporte, obtención de materias primas, y hasta para avances científico-técnicos más recientemente, farmacológicos o simples útiles instrumentales). Frente a ello, se abre paso una concepción drástica de defensa animal que niega cualquier derecho a explotación y aprovechamiento animal (contrario a la caza, pesca o incluso festejos taurinos). El antropocentrismo de antaño de la tradición moral cristiano-kantiana ha ido dando paso a una concepción equiparadora en muchos aspectos. Curiosamente esa apuesta animalista surge con la pérdida de contacto directo con la naturaleza y la fauna en tanto hábitat natural, en plena desconexión con los valores del medio rural. Niños que crecen ignorando el proceso de elaboración de productos cárnicos consumidos sin plantearse cómo son en la realidad más allá de las bandejas compradas en el supermercado, o el lugar de procedencia de la fruta. Siendo que el ser humano es una especie más entre todas las del planeta, sin embargo el pensamiento animalista equipara

en igualdad y derechos a la comunidad animal en plena naturaleza (incluyendo ahí al animal humano que somos), lo cual es una falacia, o al menos lo es en su extremo. Sin embargo, quienes conservan dicho apego al medio natural albergan con naturalidad ese derecho primigenio al aprovechamiento y explotación animal: equilibrado, racional, ecológico. Cabe añadir, dentro de la moral: esto es, respetuoso, cívico, no gratuito.

El humanismo concibió la definitiva supremacía del ser humano sobre el resto de las especies animales en aras a su capacidad racional, en relación de superioridad (el “cogito ergo sum” cartesiano) y el consecuente aprovechamiento equilibrado (ecológico) de la fauna, aun a costa de una autoridad moral para esa disposición. El antropocentrismo religioso renacentista considera al ser humano ombligo del universo y centro de toda creación.

Una trampa del pensamiento sería no reconocer que en las feroces leyes de la naturaleza ninguna especie nunca ha auxiliado a otra en su contra. Pero sobre todo una diferencia básica es la que marca la relación humana con el animal como es su raciocinio e inteligencia, las cuales le han permitido el dominio del planeta (aun a costa de sus excesos, es evidente). Ir en contra de nuestra especie sería negarle lo que le ha dotado la naturaleza con su carácter omnívoro, cuya base alimentaria reside en la combinatoria de sustancias comestibles de la propia naturaleza como verdura y fruta, carne y pescado.

Con todo, aun pareciendo lo más fácil, no creemos oportuno que en este estadio del debate sirva un posible enfrentamiento entre el humanismo y el animalismo como hacen recientemente algunos autores<sup>10</sup>, tratando de ver un fatal desplazamiento de ese gran logro renacentista que es el antropocentrismo

<sup>10</sup> Tal es el caso en nuestro ámbito de Ruiz Villasuso, 2015.

racionalista por esta otra corriente llamada animalismo que equipara en derechos especies animales, e incluso sociabiliza, sin importar su dimensión. Quién no recuerda el caso de la auxiliar de enfermería del Hospital Carlos III de Madrid contagiada de ébola (2014), quizá eclipsada por la campaña de salvación a su perro de un seguro sacrificio por temor a contagio. Extrapolar el afecto a los animales hacia una equiparación igualitaria de derechos resulta cuando menos curioso. Que Esopo reclamara el buen trato a su perro no significa una plena equiparación de derechos, a todos los efectos, para con los humanos. Eso sí, de manera categórica, respeto absoluto. Así, nuevos radicalismos acechan a nuestro tiempo cuando el buen trato animal resulta de esa equiparación en igualdad de condiciones con la raza humana. Una suerte de *buenismo* equiparador en atributos y cualidades, como en las viejas fábulas de lejanos siglos, en un trasvase semántico cuando menos dudoso, y una confusión entre las fronteras de la realidad y la ficción como para hacérselo mirar, ya que ahora no vale ninguna *mimesis* en la comparación. No se trata de cuestionar la superioridad intelectual o moral del animal humano respecto al resto de sus semejantes, poniendo en peligro como muchos creen la concepción darwinista biológica de las especies, ni siquiera debería sentirse atacado ese humanismo que lleva más de cinco siglos con nosotros como doctrina organizativa social, pero quienes eso piensan consideran amenazado el “equilibrio natural de la humanidad”<sup>11</sup>. Sin ir más lejos, la mascota hasta hace unas décadas fue un distintivo urbano de clase (y de superioridad ética) que

se ha extendido arraigando en todas las capas en una especie de equiparación (a costa de un negocio transnacional floreciente), y capaz de extender un mensaje en defensa de los animales hasta la extenuación en su obsesión equiparadora aunque sus propietarios carezcan en las viviendas de las ciudades donde habitan de las condiciones de habitabilidad básica de sus protegidos en relación propietaria<sup>12</sup>. Una igualdad equiparadora en derechos que se traduce en intereses económicos. Sin embargo, deberíamos reflexionar –frente a quienes han negado una de las máximas primordiales de la naturaleza– hasta qué punto depredador y presa se necesitan para el equilibrio del sistema incluso en términos que se entienden como ecológicos<sup>13</sup>. Pero cuando el foco de la opinión pública se coloca en un perro susceptible de haberse contagiado de ébola y no en los miles de indefensos seres humanos que fallecen en el continente africano ante tan letal virus por desidia de gobernantes europeos algo grave parece suceder.

### 5. Pachamama, “matria tierra”

Un microespectáculo de títeres en miniatura titulado *Pachamama* –término quechua que alude a la adoración de la Madre Tierra– recibía a los espectadores de una sala de teatro, en Valencia en invierno de 2016. A través de la mirilla de una caja escénica<sup>14</sup>, el espectador curioso visiona en su interior un pequeño espectáculo de tres minutos de duración que concierne al conservacionismo de la naturaleza desde la óptica indígena latinoamericana, la reconciliación con la *madre* tierra en un sentimiento solidario

<sup>11</sup> Tal es el caso de Ruiz Villasuso hasta el punto de no dudar en considerar tales hechos misantrópicos: “una misantropía radical, casi una especie de ejercicio de autoexculpación del mal humano por ser mal humano, un infantilismo mental, que como todo infantilismo, suele ser objeto de manipulación fácil y devenir en un extremismo” (2015)

<sup>12</sup> Lo cual abriría otros tantos debates, el querer imponerles modos de vida estrictamente humanos a

animales domésticos, e incluso en su equiparación vistiéndolos con la errónea creencia de hacerles el bien.

<sup>13</sup> Por seguir con el pensamiento de este escritor, entiende Ruiz Villasuso que la ecología “es un humanismo de máxima evolución ética, moral y práctica” al primar al ser humano en ese equilibrio natural de las especies.

<sup>14</sup> “Caja mágica” de unos 40 cms. como si de una cámara fotográfica antigua se tratara.

cercano a la cultura incaica, llevado a cabo con objetos minúsculos de varilla acompañados de un relato y música de audio servida desde el móvil, con escenas simbólicas de gran belleza estética<sup>15</sup>. *Pachamama* o “Madre tierra”, en efecto, representada por la divinidad quechua y aimara protectora de la naturaleza y la Tierra, no localizable en ningún sitio sino en todos, ya sean bosques y manantiales, montañas y valles, que cobijan al ser humano, posibilita la vida, permite la fecundidad y fertilidad del todo devolviéndole de forma recíproca sus frutos.

Pues bien, todo cuanto existe mantiene una relación materno-filial con los elementos de la naturaleza. Toda vida mana del clima, y el clima de la naturaleza, madre de todas las madres. La atmósfera nos protege y nos nutre al tiempo. Pudiera decirse cate-góricamente que somos hijos del clima. El bosque es la primera víctima del cambio climático, porque su enorme superficie envía a la atmósfera toneladas de vapor de agua en forma de moléculas (etanol), que retornan generando agua de lluvia. Los árboles llaman al agua que clama a la vida.

Resultado de ese cambio climático tenido lugar a lo largo de pacientes miles de años el homínido pasó a *homo sapiens* y acabó abandonando el bosque por una evolución del clima (forzado por la desaparición de los bosques iniciales). A decir de los paleoantropólogos ese cambio climático podría ser inductor directo de lo que hoy somos (su hominización), incluida la cultura (religión, sabiduría, mitología). Los mitos del paraíso perdido le conciernen. Pero ese cambio climático se dio lentísimamente, preparándose a las nuevas condiciones, y originando la hominización del mundo entre 10.000 y 100.000 veces más lento que el

actual. Todo lo contrario a hoy, nuestra especie supo adaptarse a la perfección a ese paulatino cambio climático, pero nos hallamos en trance de habernos permitido desechar los elementos básicos y recursos de la vida, despegándonos de nuestro marco natural. Una lección a extraer de todo esto si cabe es que ante todo y por encima de todo somos primates, y el ser humano viene en última instancia del bosque.

Mientras a este lado del océano se impone un patriarcado usurpador y desposeedor, simbolizado históricamente en el nombre de “patria”, en cambio el neologismo *matria* – como se han encargado esos pueblos indígenas latinoamericanos–, incide en la feminización colectivizante y desposeedora, no dependiente ni jerar-quizadora, del sentimiento histórico de apropiación de un territorio que por definición resulta inapropiable. Así, esa “matria” no concierne al terruño ni a la legitimación de ningún Estado, sino a un espacio global donde las identidades posibles se disuelven y se convierte en *matriz* a cuidar entre todos por ser nuestra casa y hogar sin excepción<sup>16</sup>. Porque aun con los cantos de sirena salvadores que pronostican el poder de las nuevas tecnologías, sólo lo sostenible con la naturaleza nos salvará. Los bosques son hijos del clima, y ahora el clima se erige en destructor del bosque.

Una singular experiencia puesta en valor a este respecto. La privilegiada –merced, eso sí, a la tecnología humana– perspectiva desde su afuera del planeta tierra y su posterior reflexión al respecto por parte del sexto astronauta en pisar la luna, Edgar D. Mitchell, así lo atestigua tras esa experiencia extraterrestre: “Fuimos a la luna como técnicos y volvimos humanistas”. Testimonios concluyentes como el del Sultán saudí Bin Salmán: “El primero o segundo día mirába-

<sup>15</sup> Creación de Enrique “Mágico” Herrera, conformado por el Apu Teatro de Perú y el movimiento Itinerante Lambe Lambe.

<sup>16</sup> Véase Victoria Sendón de León, *Matria. El horizonte de lo posible*. Madrid: Siglo XXI, 2009 (pág. XII).

mos hacia nuestros países, el tercer y cuarto día indicábamos nuestros continentes, al quinto día todos éramos conscientes de una sola tierra” (cf. Parejo, 2017). Motivo por el que como dice Ignacio Abella (2017) “cuando tomamos conciencia de que somos ‘paisanos del mundo’”, “la identidad e individualidad se diluyen y se expanden al mismo tiempo”, actuando como auténticos “aborígenes”, al ser capaces de “recordar” esos caminos de regreso, ya sean plantas, árboles, tierra o humus, paisaje... que nos sintonizan con los ritmos de la vida y “la sustancia viva del planeta”. Para concluir antológicamente en palabras de éste: “Matria tierra soy yo, somos nosotros; para Ella no existe el ‘ellos’. Cuando aprendemos a volver una y otra vez, a visitar asiduamente la verdad y la belleza de la tierra, y a relacionarnos con ella, volvemos a ser y sentirnos paisanos, a pensar como indígenas y como poetas, y en vez de conquistadores nos hacemos huéspedes; conscientes, amables e inofensivos. Recobramos el insuperable placer de pertenecer a nuestro mundo. El resto viene por sí solo...” (Abella, 2017).

## 6. “Planeta azul”: cuestión de lenguaje

El lenguaje nos define como especie. Su articulación y codificación es la más alta prueba de distinción animal que nos atribuimos los humanos. La literatura todavía añade excelencia a esa ardua evolución y complejización del cerebro humano –ya descrito– a lo largo de miles de años de especialización. Representación y presentación de sus semejantes y su relación con el medio, la literatura no deja estéril el debate actual y nuestra relación con los animales y el medio ambiente, posicionándose inevitablemente, más en un tiempo en el que las consecuencias por la subida en varios grados

de la temperatura del planeta se deja notar sobre sus moradores, el decrecimiento de la masa glaciaria en los polos amenaza formas de vida, la industrialización de la realidad ha dado con nuevos alimentos, la tecnología parece capaz de replicar en laboratorio nutrientes animales sin necesidad de sacrificio, y el capitalismo ejerce un poderoso efecto sobre el consumo en nuestros hábitos alimentarios, por decir unas pocas generalidades.

También el lenguaje se ve afectado por el medioambiente, y construye sus propias trampas para evadirse de acuciantes cuestiones a las que no debería ningún ser humano sustraerse. Sin ir más lejos, no deja de llamar la atención el nombre que recibe el planeta que nos acoge porque de haber en él un elemento capital, fuente de vida, es precisamente el agua, por mucho que nos hayamos empeñado en llamarlo “tierra”. No en vano, desde esa perspectiva resultaría más acertado denominarlo *planeta azul*<sup>17</sup>, por ser de ese color el líquido esencial, elemento más abundante, origen de vida y dispensador de diversidad, dador de todo.

Pensar que toda esa belleza descrita por los pocos privilegiados que han realizado el viaje extraterrestre se pudiera ver arruinada y peligrar para futuras generaciones, no resulta nada halagüeño. Así, en el debate ecologista actual crecen concepciones equilibradas mediambientales y sostenibles a medio y largo plazo. Para ello se propone como casi únicas alternativas viables un consumo de ciclos naturales, minimización del impacto del transporte y autosuficiencia local, acoplando la velocidad a los sistemas naturales, actuaciones colectivas. En cierto sector ecologista crece el concepto de “biomimesis” como forma alternativa de habitar el planeta,

<sup>17</sup> Explicado por J. Mosterín, la biosfera es el máximo ecosistema de nuestro planeta y lugar de la vida conocida: “La biosfera abarca toda la hidrosfera (los mares y océanos), la superficie emergida de la litosfera (los continentes e islas) y los primeros 15 kilómetros de

atmósfera (la troposfera), que todavía contienen algo de oxígeno y de vapor de agua”; a lo que añade de manera categórica: “La mayor parte de la historia de la vida ha tenido lugar en el mar” (2013: 102)

imitando algunos de los modos del hábitat terrestre –puesto que ha sido infalible siempre– para adaptarlo con el menor impacto a los humanos, como forma adecuada y casi única opción de lo que llaman sustentabilidad<sup>18</sup>, reconstruyendo los sistemas de producción humana para hacerlos compatibles con la biosfera (Riechmann, s.f.: 1); una integración de la llamada “tecnosfera” en la biosfera que implica adaptación de los sistemas humanos a los naturales para su compatibilidad plena (adecuando forma y función, utilizando la energía solar, eólica y planetaria imprescindible meramente, reciclando, cooperando, integrando, eliminando excesos desde su interior, etc.). Así, la naturaleza sería el modelo ideal para una economía sustentable de productividad, imitando los ecosistemas naturales de los que tanto hay que aprender. Para ello, se propone actuar ecológicamente en la industria, la urbe, la arquitectura, la agricultura, bioquímica verde y biotecnología ambiental compatible (Riechmann, s. f.: 3). Dada la intrincada relación entre las diversas fuerzas de la naturaleza, lejos de atentar contra ella, los humanos debemos aprender sus leyes y límites, respetando sus posibilidades. Se trata, en palabras de Riechmann (s. f.: 16) “de *rediseñar nuestros artificios de forma que sean más semejantes a los productos de la naturaleza*”. Desde la economía han surgido respetables teorías como la del “decrecimiento sostenible” – frente al triunfante liberalismo y productivismo–, proponiendo la reducción controlada de la producción económica con objeto de equilibrar al ser humano con la naturaleza, en una acción bioeconómica (también a veces denominada post-desarrollista) que implicara un cambio drástico de paradigma con objeto de preservar

el medio ambiente de la rapiña económica del sistema productivo actual, incluso creando la base de su regeneración natural. Es evidente que la reducción del consumo y la producción ayudarían, pero medidas como relocalización, cooperación, autoproducción, sobriedad, eficiencia serían claves, eludiendo la engañifa del nivel de vida y el poder adquisitivo. Teóricos como el francés Serge Latouche están entre sus ideólogos más reconocibles<sup>19</sup>.

## 7. Reflexión final

Llegados a este punto cabe preguntarse si es coherente e incluso necesaria esa reverencia hacia todo ser viviente, incluidas plantas, como cuentan que hicieran Zoroastro o maniqueístas que rechazaban la poda o tala de árboles, incluso coger flores o arrancar hojas a plantas con el fin de no dañar procesos vitales. Desde luego mejor nos iría dando por concluido ese antropocentrismo soberbio en el que erigimos nuestro marco de convivencia con la naturaleza. Pero en su extremo, tampoco creemos que deba ayudar sustituir de un plumazo el humanismo que nos dotamos, desde inicios de la era moderna cuando menos, por un animalismo *buenista* como está ocurriendo en estos momentos.

La literatura no deja de ser, en tanto inscripción humana a lo largo del tiempo, buen ejemplo de la evolución sufrida por nuestra relación con nuestros semejantes y con el resto de las especies animales y vegetales. Así, desde los mitificantes bestiarios antiguos erigidos en símbolo de lo ignoto para el ser humano y aviso de sus límites, pasando por el uso animal en la literatura y el teatro como puro juego mimético del que extraer enseñanzas por similitud, hasta esta actualidad que ha querido resituar en el debate al animal no humano, ya sea en

<sup>18</sup> En nuestro ámbito, es el caso de J. Riechmann, con una publicación de referencia al respecto como es *Biomimesis: ensayos sobre imitación de la naturaleza*,

*ecosocialismo y autocontención*. Madrid: El Viejo Topo, 2006.

<sup>19</sup> Entre sus manuales de referencia figuran *La hora del decrecimiento*. Barcelona: Octaedro, 2011.

la escena de forma pretendidamente sensorial con Távora desplazando cualquier mimesis por un intento inútil de presentación *in situ*, hasta el ejercicio podríamos decir virulento en R. García y A. Liddell en su teatro de ciertos animales para reflexión humana y foco de los grandes conflictos de nuestro mundo. Porque el sufrimiento de peces, ranas o hamsters en sus espectáculos impide a muchos derivar el centro de atención a lo que pretenden señalar esas puestas en escena con animales, incluido el banquete de marisco tras su preparación<sup>20</sup>.

Mayorga, en cambio, desde el pensamiento ubica a animales representados en el escenario como forma de reflexión humana, consciente de que su interés lo desplaza desde lo anecdótico representado (estereotipos del reino animal le bastan) hasta el genérico “ser humano”. Por ejemplo en *La paz perpetua* (2007) pone a hablar a un grupo de perros –huma-nizados– cuya perorata sobre la “apuesta de Pascal” en torno a la demostración de la existencia divina o su contrario, reporta plena conciencia de la pequeñez de la vida humana y de la razón en el universo (2014: 529). Por eso, uno de los perros le pregunta en un momento determinado a otro si alguna vez mató a alguien, a lo que la respuesta no puede ser otra sino que su vida la debe a ello (2014: 538).

Un debate de hondo calado el que subyace en el tratamiento de buena parte de estas temáticas aquí concitadas, muy en especial el de la “moral” en la defensa de los animales. No siendo los animales no humanos *agentes morales* en sí mismos, podría decirse, con

Mosterín (2015: 15) que sí lo son “de forma paciente” por sufrir sus efectos de quienes sí nos podemos permitir manejar esa categoría epistemológica (filosófica) entre nosotros. A lo que añade el naturalista que, en cambio, la “compasión” es *una emoción moral básica*, porque sí provocan estos pre-ocupación y *compasión* a los animales humanos que somos (Favre, 2015: 374). Resulta curioso cómo la legislación de un territorio o país no guarda relación con las leyes de la naturaleza (la primera, expresión convencional de la voluntad legislativa de sus gentes; la segunda, lo que Mosterín [2015: 21] llama *regularidades fácticas*). Es más, constatamos que el derecho histórico –con el Derecho Romano a su cabeza– es el que introduce a los animales como categoría jurídica de cosa en propiedad, perpetuado a posterioridad en los respectivos sistemas jurídicos hasta prácticamente esta actualidad. Sociedades (rurales) respectivas e históricas fundamentadas en el apego a lo primario, con economías basadas en la agricultura y la ganadería, así lo concibieron. Diferentes códigos civiles europeos y norteamericano, además de australiano y neozelandés, han ido modificando sus respectivas leyes para declarar a los animales ya no como “no-cosas” (bien mueble o inmueble según convenga) sino “seres sensibles/sintientes”. Un posicionamiento más conveniente en el sistema civil de países a la vanguardia de este debate que comienza a revertir la situación (Giménez-Candela, 11-12). En nuestro ámbito europeo, para nuestro sonrojo, apenas comienza a finales de la pasada década<sup>21</sup>.

Desde luego no se trata de que los seres animales vuelvan a ser monstruos más allá de

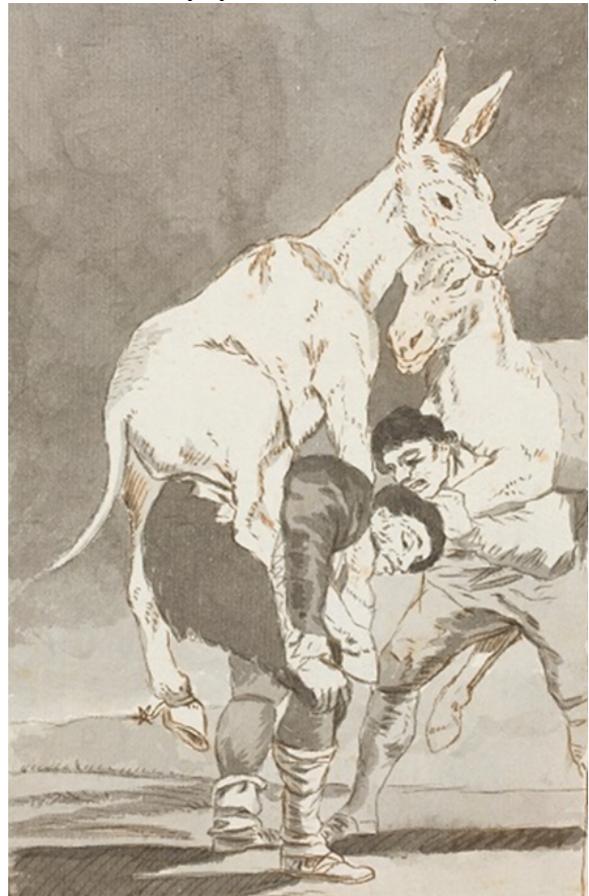
<sup>20</sup> No parece cuestionarse servido en el restaurante pero sí cocinado ante los espectadores, para escándalo de su público asistente. Del mismo modo que los espectáculos de Angélica Liddell que no pretenden otra cosa sino señalar el grado de violencia de nuestras sociedades, porque la violencia animal no es más que una de las muchas formas de ejercer la violencia de esta sociedad. Las *perrerías* conferidas a los canes en sus espectáculos no dejan de ser similares a las infringidas por el ser

humano desprotegido y débil, una violencia en muchos casos gratuita que da buena cuenta de la maldad humana.

<sup>21</sup> En vigor desde diciembre de 2009, así lo reconoce el art. 13 de Funcionamiento de la Unión Europea (TFUE), y el ordenamiento jurídico del Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Véase al respecto art. de E. Alonso, en Favre/Giménez-Candela, 2015: 17-59.

la creativa fantasía literaria a la manera borgiana, por lo que conviene no olvidar nuestro humilde lugar en el mundo, “bípedos implumes” como dicen que definió Sócrates al ser humano, sí, pero sin dejar de ser animales; animales que abrazan el humanismo del que venimos sin renunciar al animalismo que viaja soterrado en nosotros, y sin vaivenes como el de sustituir el primero por el segundo, o el segundo en erigirse en prócer del primero, porque por esa senda epistemológica, considero, también vamos mal. En el respeto y equilibrio, sin olvidar ese componente “animal” que habita en nosotros, residiría la virtud humana de nuestro tiempo, sumando al humanismo de antaño un animalismo equilibrado, no fundamentalista. Porque atentar Caprichosamente contra las otras especies es una invitación a hacerlo arbitrariamente contra la propia. Pero ¿qué ocurre cuando un humano atenta contra la suya? Plinio el Viejo (*Hist. nat.*, Lib. VII, 5) dejó escrito en su *Historia natural* que a diferencia del resto de las especies animales el ser humano es el único que atenta contra su propia especie, siendo la mayor parte de sus males procedentes de esa causa. Así que un pensador muy anterior –en pleno siglo IV a. C. Diógenes de Sinope, también llamado el Cínico– dicen que dejó dicho aquello de que “cuanto más conozco a la gente, más quiero a mi perro”.

Imagen: “Tu que no puedes” (Anónimo, copia de Francisco de Goya y Lucientes, 1797-1799)



Copyright de la imagen ©Museo Nacional del Prado

## BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA, I. (2017). “Matria tierra. El hogar de la humanidad”. En “Hijos del clima”, en programa “El bosque habitado”. En *Radio 3/alcanta* (RNE), M.ª J. Parejo (dir.), domingo 2 de abril de 2017, 11 horas.
- BORGES, J.L. y GUERRERO, M. (1985). *El libro de los seres imaginarios*. Madrid: Bruguera/Libro Amigo, 3ª ed.
- FAVRE (2015). “Epílogo”. En *Animales y derecho*. Favre / Giménez-Candela (eds.). Valencia: Tirant lo Blanch / Col. Animales y Derecho, 373-374.
- FERRER LERÍN, F. (2007). *El Bestiario de Ferrer Lerín*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- GIMÉNEZ-CANDELA, T. (2015). “Introducción”. En *Animales y derecho*, Favre / Giménez-Candela (eds.). Valencia: Tirant lo Blanch / Col. Animales y Derecho, 11-13.
- GONZÁLEZ MARÍN, S. (2006). “El Libro 1 de la Historia Natural de Plinio el Viejo, ¿texto o paratexto? En *Veleia*, 23, 247-265.
- MAYORGA, J. (2014). *Teatro 1989-2014*. Segovia: Ediciones La Uña Rota / Col. Libros Robados.
- MOSTERÍN, J. (2003). “Prólogo”. En P. de Lora. *Justicia para los animales. La ética más allá de la humanidad*. Madrid: Alianza / Ensayo, 11-26.
- MOSTERÍN, J. (1995). *Los derechos de los animales*. Madrid: Debate / Dominós.
- MOSTERÍN, J. (2013). *El reino de los animales*. Madrid: Alianza Editorial, 1ª reimpr. 1ª ed. 2014.
- PAREJO, M.J. (dir.) (2017). “Hijos del clima”. En programa “El bosque habitado”. En *Radio 3/alcanta* (RNE). M.ª J. Parejo (dir.), domingo 2 de abril de 2017, 11 horas. Consultado en línea (26/09/2018): [www.rtve.es/alcanta/audios/el-bosque-habitado/](http://www.rtve.es/alcanta/audios/el-bosque-habitado/)
- PLINIO EL VIEJO (2003). *Historia natural. Libros VII-XI*, trad. E. del Barrio, I. García, A. M.ª Moure, L. A. Hernández, M.ª L. Arribas. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos.
- RIECHMANN, J. “Biomímesis. Respuesta a algunas objeciones”, Barcelona: Universidad de Barcelona. Consultado en línea (14/06/2017): [https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/21732/file\\_1.pdf](https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/21732/file_1.pdf)
- RUIZ VILLASUSO, C. (2015). *La muerte del humanismo*. En *Mundotoro.com*. Consultado en línea (06/04/2017): <http://www.mundotoro.com/noticia/la-muerte-del-humanismo/1260750>
- SAMPEDRO, J. (2014). “El ser humano desencadena la sexta gran extinción del planeta”. En *El País*, 24/07/2014. Consultado en línea (06/04/2017): [http://sociedad.elpais.com/sociedad/2014/07/24/actualidad/1406224017\\_140906.html](http://sociedad.elpais.com/sociedad/2014/07/24/actualidad/1406224017_140906.html)